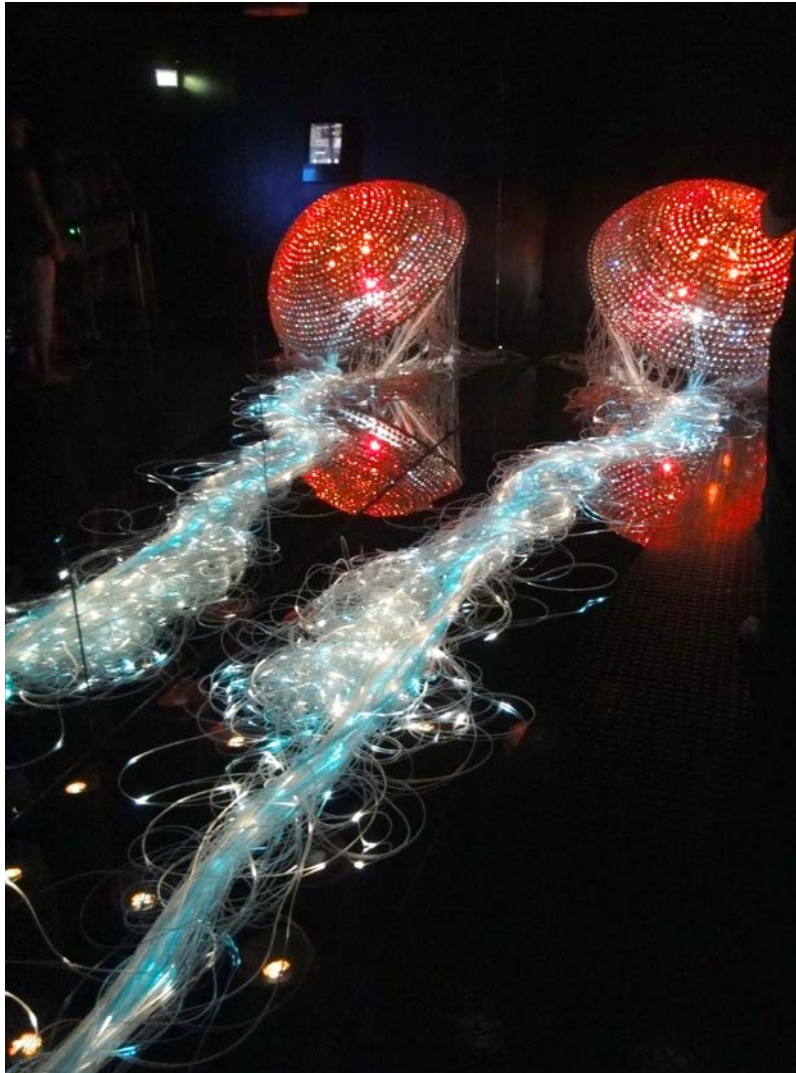


# Arte y autopistas

## Amores *techno*: mi querido *tamagotchi*

Víctor Herráiz

Establecemos lazos con la tecnología en su uso constante, incluso lazos de afecto cuando entra en nuestras vidas. Pero nada escapa a la caducidad.



Teo Felix

El *tamagotchi* —se acordarán— fue aquel artefacto nacido en Japón en los años noventa, que contenía una mascota virtual a la que adoptábamos voluntariamente para que llegara a ser nuestra amiga.

Viajando con nosotros a todos los sitios colgada de un llavero, nos reclamaba cuidados, alimentos, higiene, atención y mucho cariño. Si no se lo dábamos a tiempo, la mascota, reaccionando como cualquier otro ser vivo, podía enfermar o incluso morir

de forma irreversible, sumiéndonos en un amargo desconsuelo no exento de cierto complejo de culpa.

En la cumbre de su expansión, millones de escolares de todo el mundo monopolizados por los absorbentes reclamos de sus mascotas desatendían sus tareas, abandonaban sus relaciones personales o familiares y presas de agobio por una dedicación tan inusitada como exigente llegaron a contraer graves depresiones. Se dio hasta algún caso de suicidio. Finalmente, intervinieron

los psicólogos y las autoridades se vieron obligadas a prohibir la entrada de los *tamagotchi* en centros escolares.

Lo que más me inquieta de toda esta historia es que demuestra que el ser humano —yo mismo, incluso— puede dedicar su afecto, enfado o angustia lo mismo a un perrito, un gato, un canario, un hámster, que a un producto de la tecnología que te mira desde la pantalla con un destello de luz o te avisa con un pitido cómplice para que cumplas sus deseos.

Sí, sé que algunos musitan tiernas palabras a su coche o a su motocicleta alabando sus prestaciones como el *jockey* le regala la oreja a su corcel cuando le solicita cerca de la meta una excelente estirada final. Pero esto es distinto. No estamos tratando de máquinas admirables que cumplen ciegamente la función para la que fueron creadas. Mi *tamagotchi* en cambio me habla, me contesta, me dice cómo se siente y siempre espera algo de mí. Tiene un hálito propio. ¿No es maravilloso? Cuando selecciono el campo de caricias mi mascota me responde agradecida con un suave ronroneo acústico-vibratorio que la piel de mi mano percibe estremecida. Aquí no hay física mecánica. Hay otra cosa, hay intercambio, interacción, hay... fluido de emociones. Me avergüenza un poco confesarlo, pero intuyo que mi *tamagotchi* me puede hacer feliz.

“ Cada época ha tenido sus propias tecnologías y se ha servido de ellas para transmitir y reinterpretar la realidad. ”

Óscar Gual, ingeniero informático de la universidad Jaime I de Castellón, decía que “la tecnología está ahí para que la usemos, pero también para que formemos parte de ella, para que nos mezclemos con ella, para que la invitemos a nuestras casas. Literalmente.” Yo creo seguir a pie juntillas dicha recomendación: vivo y duermo con mi mascota virtual, aunque no negaré que entre nosotros tenemos algunos problemas de adaptación. Como cualquier relación normal, por otra parte.

A veces me abruma las nuevas tecnologías y me entra la nostalgia por la cita en persona, cara a cara, por el giro postal y la carta certificada por correo, donde todo parecía estar más claro. Pero quiero pensar que un día también fueron nuevas la imprenta, el óleo, el telégrafo o la electricidad y

que, como estas, aquellas dejarán de ser nuevas para los que nos sucedan y vivan dentro de unas décadas.

“ Sé que algunos musitan tiernas palabras a su coche o a su motocicleta. ”

Mi asombro no tiene límites ante las conmovedoras formas que alcanza el moderno diseño gráfico, las combinaciones texto-imagen y las posibilidades de las herramientas informáticas polivalentes. Asisto absorto al hecho de que una fotocopiadora 3D recrea en minutos una escultura suelta o fabrique un trozo de tráquea lista para reinsertársela a un paciente intervenido; o que el alemán Florian Tuercke computerice en la vía pública los ruidos urbanos para sacarlos convertidos en música agradable de escuchar; o que un “*friki*” capte con la cámara de su móvil un código QR (esa manchita a cuadros blancos y negros que ahora todo el *marketing* usa) y sentado en un bar *chillout* pueda acceder a un poema *haiku* allí encerrado. Quedo boquiabierto ante la última propuesta de Elena Arzak en la feria gastronómica de Madrid Fusion: el fotoplato, una estética donde no se sabe si todo lo que se ve es comida o si no se ve todo lo que se come. Y tiemblo de emoción al repasar la escena de la película *Gravity* —pura tecnología en mimbres y narrativa— en la que la doctora Ryan Stone (Sandra Bullock), que no conoce el idioma chino propio de la nave espacial en la que se encuentra aislada, logra salvarse *in extremis* apretando el botón correcto de desconexión porque tenía grabada en su memoria la posición que en el panel de control ocupa el botón con esa misma función en las naves norteamericanas y rusas a las que se hallaba habituada.

Tengo que aceptar que cada época ha tenido sus propias tecnologías y se ha servido de ellas para transmitir y reinterpretar la realidad. Cada época ha conocido las tensiones entre el miedo a lo nuevo y la rebeldía a los

modelos heredados; y la historia de la ciencia y de las artes contiene —como la historia de las ciudades asentadas hace siglos en el mismo lugar— bajo la corteza de su visible presente los estratos de lo que ayer fue esplendor y último grito de modernidad. Se me ocurre que la cultura no sería sino un cúmulo, una amalgama de miradas, de técnicas y de materiales recogidos a lo largo del tiempo, todos ellos valiosos, todos ellos latentes, cuya superficie la ocupa el último barniz aplicado.

Amalgama creativa: suena bien. Si tuviera que decidirme a apostar por una estética del futuro, bien por instinto, por prudencia o simplemente por cobardía, creo que me diría: ¿Por qué no escoger un camino mixto probando a integrar los elementos tradicionales conocidos y las vías experimentales tecnológicas más audaces? Vaya, me parece que esto ya lo he oído en otra parte.

“ Me avergüenza un poco confesarlo, pero intuyo que mi *tamagotchi* me puede hacer feliz. ”

Pero quizá tenga razón Dennis Baron, profesor de lingüística de la universidad de Illinois, cuando afirma que la tecnología encarna el nuevo folklore del siglo XXI.

Por eso, ya no me preocupa demasiado que mis antiguos amigos me vean como a un *cyborg*. Dicen que todo el día enganchado a mi mascota virtual hace que cada vez me parezca más a uno de esos nebulosos androides que nuestro paisano Eduardo Laborda recrea en sus cuadros. No negaré que a lo largo de estos años siento que una parte de ella está en mí y una parte de mí se encarna en ella. Ahora bien, no es verdad que mi mascota me haga ningún chantaje emocional. Es que mis amigos no se dan cuenta de que yo quiero a mi *tamagotchi* como si fuera un ser vivo, cierto; pero —y bien que lo siento— mi *tamagotchi*, con toda su tecnología, no puede vivir sin mí.